

"Mar Amarillo", cuento de *Mar al fondo*

7.291 prescindibles. Maite Gaminde

La elección del tipo de barco que navego no es casual. Un junco. Me enorgullece poseer una de las embarcaciones a vela más antiguas en estos mares asiáticos donde me muevo, adaptable para el comercio y la guerra. Cuenta, además, con pequeños pasadizos que se pueden sellar herméticamente para evitar la entrada del agua y drenarla si fuera necesario. Esto me permite llevar materiales, incluso personas escondidas y, en caso de fuerza mayor, arrojar al mar la mercancía sin dejar huella.

No he venido aquí, sin embargo, a hablar de mi grandioso junco, sino de la que fue mi amante durante años. También se dedicaba a negocios lucrativos. Un tándem perfecto; ella tenía acceso a los contactos y yo contaba con medios para llevar a cabo nuestros fructíferos contratos. Motivo por el que me propuse conquistarla, una amante de conveniencia. A pesar de contar con una cara graciosa, su forma de hablar, sin apenas mover los labios, como una autómatas articulada, me provocaba cierta repulsión. En realidad, era una criatura desprovista de sustancia, con una trayectoria patética: primero había dependido de una jefa despiadada, encargándose de redactar su insidiosa correspondencia; más tarde pasó a servir a un jefe, alcohólico y malvado, en calidad de portavoz y ejecutante de las abyectas consignas que él le dictaba. Leía sus edictos imperiales sin que le temblara el pulso. Lo mismo una subida de impuestos a las clases populares que la ejecución de los niños de una escuela afectados por la viruela.

No tardé mucho en seducir su oscuro corazón. Después logré convencerla del beneficio mutuo que nos reportaría nuestra complicidad. Debido a su carácter

aburrido, insulso, incluso después de beber abundante licor de arroz, a lo que era propensa, repelía a los hombres. Fue fácil llevármela a vivir a mi junco. Ordené ponerle el nombre *Lebasi* en su honor. Un afamado artista perfiló las letras doradas junto a uno de los ojos situados en el costado. Por si no lo sabéis, nosotros pintamos dos grandes ojos en nuestras naves, a cada lado de la popa. Según la leyenda, esta debe ver por dónde va. Mi estratagema para complacerla no sació su codicia y me vi obligado a comprar una mansión de dos millones de yuanes a la orilla del río para que todos nos envidiaran. Tanto alarde me acarreó problemas, nadie quiere tratos con un pirata señalado, pero ese temporal también pude, digamos, encerrarlo en un compartimento estanco y hundirlo en el mar de China.

Me dejaba ver en público con ella en contadas ocasiones ya que me resultaba desagradable. A veces nos metíamos en asuntos turbios, como el del transporte de unas sedas podridas. Nadie las quería, pero como se trataba de un negocio de su hermano, engañé a los mercaderes compradores. Esta cuestión nos cerró puertas. Aun así, lo que perdíamos por un lado, lo recuperábamos por otro. Con ella el lucro era inagotable. Su corto cerebro se enfocaba en la búsqueda de oportunidades de desfalco, el mío en planear su ejecución. Corríamos de estafa en estafa. Solo parábamos algunas noches, bebiendo *baijiu*, celebrando la victoria sobre algún enemigo, hasta caer exhaustos.

El aguardiente desencadenó un percance. Superable, después de todo; gajes del oficio, nunca exento de riesgos. Cerramos un ventajoso trato para el transporte de miles de ancianos. Teníamos que recogerlos en la ciudad de Jinan, rodeada de montañas y manantiales que alimentan un pequeño río. Sus gobernantes habían malgastado el oro de las arcas públicas sin escrúpulos ni disimulo y, al desencadenarse una devastadora epidemia, decidieron deshacerse de los más

vulnerables para aminorar gastos. Conocedores de que nuestra embarcación podía navegar tanto por calados exigüos como por anchos mares y abrir las mamparas para dejar hundir discretamente mercancía indeseable, nos contrataron para que los arrojáramos a las aguas profundas.

Recogimos un total de 7.291 individuos. Sé el número exacto porque los contábamos según embarcaban en los compartimientos del junco en los muchos traslados que realizamos. Los localizábamos concentrados en los puntos acordados: agrupados en pequeños embarcaderos ribereños o amontonados en orillas inhóspitas, donde el agua rompía junto a pequeños acantilados. El objetivo de nuestra travesía era alcanzar el Mar Amarillo, donde abríamos las compuertas. Allí desaparecían pasto de las criaturas marinas.

El viaje fue largo, durante el día mi amante y yo permanecíamos en popa, la zona más alejada del enjambre humano que transportábamos, entretenidos por los músicos contratados para hacernos más llevadera la travesía. Al caer el sol, los lamentos de aquellos desgraciados retumbaban sobre las paredes, perturbando nuestra tranquilidad. Propuse administrarles algo de aguardiente, adormecerlos y que cesaran sus gemidos. Ella se negó con rotundidad. “No vamos a malgastar ni una sola gota en estos miserables, si de todas formas van a morir”, argumentó.

Quizás, si hubiera desperdiciado un poco de licor con aquellos prescindibles, como les llamaba, no habríamos abusado tanto de la bebida. A nuestro regreso, celebramos noche y día el oro recaudado en tan fructífero viaje. Alcanzamos tal grado de embriaguez que, supongo, ella perdió el equilibrio y cayó al mar.

Escuché un grito, no era diferente a los del viaje de ida. Apuré otra copa y me fui a dormir.